

1) *La independencia de la persona*

Independiente no es tanto, como se dice habitualmente, aquel que tiene las menos necesidades posibles — esa es una independencia que en mi opinión nadie tiene que envidiar, el animal en eso es superior al ser humano, el ignorante al instruído, — sino más bien aquél que puede satisfacer sus necesidades. En tanto que la relación hace posible esto, el servicio que presta así a la sociedad humana se puede designar como la producción de la independencia humana. No se replique que la condición a que

vincula su servicio, la posesión del dinero, suprime esa ventaja en cierto modo, pues tan cierto como es que la relación no tendría valor para nosotros sin el dinero, lo mismo es que el dinero sería inútil sin la relación. ¿De qué nos sirven montañas de oro en un pueblo salvaje, en el que no podemos comprar nada de lo que hace valiosa para nosotros la vida, mientras allí las sumas más insignificantes bastan para proporcionarnos los placeres más nobles? En un país civilizado basta el salario diario del obrero de más baja categoría, para procurarle los productos del trabajo de millares de seres. Una moneda que pagamos, nos trae cosas de todos los extremos del mundo y pone innumerables manos en movimiento para nosotros. Si es verdad que no se realiza ningún trabajo gratuitamente, que yo como comprador de un artículo tengo que pagar todo lo que fue necesario para su producción, desde el primer momento en que la materia prima de que fue elaborado abandonó la tierra, hasta el fin, cuando cayó en mis manos, abono en las pocas monedas que pago por una taza de café y un periódico, un tributo a todos los costos necesarios para la producción de ambos. En el café: la renta de la tierra del propietario de la plantación — el costo del transporte hasta el mar, las primas de seguro, el flete marítimo — la ganancia del empresario, del armador y del importador, comisión del corredor — los impuestos, el precio del transporte ferroviario — la ganancia del empresario y los gastos del negocio del vendedor y del dueño del café. Y esto se refiere sólo al café; en el azúcar y la leche comienza de nuevo el ejemplo de las cuentas. En el periódico pago con monedas al dueño del diario, al impresor con su personal, a los corresponsales, los despachos telegráficos, el correo, el distribuidor. La parte que abono en todos estos casos adquiere dimensiones que escapan a todo cálculo y noción, pero sólo el enteramente desprovisto de juicio puede creer que todos ellos no están contenidos en la forma mínima en mis monedas.

El fenómeno aquí expuesto se basa en tres instituciones a las que debemos la perfección de nuestro sistema actual de comunicaciones: la división del trabajo — la

iniciación del trabajo para una multitud indeterminada de futuros consumidores — y la extensión del comercio sobre la tierra entera. Los tesoros de Creso no habrían bastado para procurarle una taza de café y un periódico, si hubiese hecho realizar individualmente para sí todas las operaciones necesarias para ese fin; un pobre puede hoy por pocas monedas hacerse servir por más personas de todas las partes del mundo que un Creso, aun cuando éste hubiese querido vaciar todos sus tesoros.